

La globalización. Reflexiones desde el humanismo cristiano

Ángel M^a González Alfonso

Presentación

Los avances de la ciencia y de la tecnología han puesto en nuestras manos, en cierta forma, el mundo entero. Ya no hay largas distancias para modernos aviones; cualquier cosa que ocurre sobre la tierra puede verse en directo y a todo color por televisión, y aún ésta se va dejando ganar por internet; cientos de satélites artificiales se encargan de que las noticias recorran el globo a la velocidad de la luz; personas, mercancías e ideas viajan a cualquier parte a velocidades asombrosas, haciendo realidad ese concepto de aldea global acuñado por el escritor y pedagogo canadiense McLuhan.

Dada esa enorme capacidad de comunicación, podemos decir que cualquier acontecimiento -social, económico, político o religioso-, ocurra donde ocurra, hiere nuestra sensibilidad y nos afectar a todos; y tanto la crisis económica como el bienestar, la productividad, la cultura o el hambre de un país, puede repercutir en todos los demás. Nunca el mundo, con sus avatares, estuvo tan cercano a la conciencia responsable de cada uno de los hombres, gracias a la tecnología que nos pone a todos en contacto. Este potencial positivo tiene que ser apreciado y alabado por todo hombre sensato de nuestro tiempo. Es un don para la humanidad y un mérito suyo. Puede contribuir a que todo hombre sea más hombre, más cultivado, más solidario, más feliz, si, acogiendo cuanto se le ofrece, actúa con honradez y nobleza.

Sin embargo, observando cómo se vive realmente en la aldea global, con crecientes desigualdades entre los pueblos, con hambrunas y bombas de guerra, con almacenes repletos de alimentos y millones de niños desnutridos, es obligado detenerse a reflexionar y preguntarse críticamente: Aceptada la idea de que estamos todos integrados en la aldea global, ¿es toda la humanidad la que se ve favorecida por los avances tecnológicos en campos de cultura, bienestar, solidaridad, familia, valoración de la persona allí donde se encuentra? ¿No nos estará sucediendo una vez en la historia que mientras cierta minoría afortunada de hombres tiene o trata de tener en sus manos las llaves del progreso en el mundo y deja marginados a millones de personas en pueblos hambrientos de pan y de cultura?

Nos da la impresión de que en la aldea global, donde todo puede intercomunicarse hoy rápidamente, al hombre le suceden dos cosas:

Por una parte, se da cuenta de que en la aldea global los principales problemas, los que afectan rápidamente a toda la humanidad, tienen que plantearse y resolverse a niveles supranacionales, constituyendo instituciones mucho más amplias que las de "nación-estado", abarcando al mundo entero en su económica, vida social, desarrollo cultural,

etc., con "programas globales" y vías de globalización real. Ningún pueblo o sociedad puede vivir disociado de los otros.

Pero, por otra, y al mismo tiempo, el realismo de los comportamientos humanos -que suelen tender a adoptarse desde ángulos egoístas- le hacen cuestionarse si el proceso que hoy se sigue por vías de globalización responde cabalmente a la estructura humana y cristiana del ser hombre, con pleno respeto a su dignidad, hállese donde se halle en su geografía, historia, cultura y religión. La división desproporcionada que observamos a principios del nuevo siglo entre ricos y pobres, favorecidos y desfavorecidos, ¿no nos hace sospechar que la dinámica de globalización tiene más de economicista que de humanista?

Para mostrar que es así la globalización en marcha, más economicista que humanista, revisaremos algunos puntos de vista y algunas actitudes en cinco breves reflexiones:

1. Nuestra globalización es más economicista que humanista

1.1. ¿De naciones-estados a multinacionales economicistas?

Durante los últimos 400 años, las naciones-estado fueron quienes, con su carácter casi impermeable, dominaron el campo como actores de las relaciones internacionales. Hoy las cosas han cambiado. Las fronteras entre países se han hecho más porosas, y la interdependencia de los pueblos es una realidad que se palpa en multitud de aspectos: político, económico, medioambiental, etc. Los fenómenos adquieren mayor alcance internacional cada día.

¿Podríamos decir que ya no son los gobiernos los que dirigen el mundo? En cierto sentido, sí. Pero reconociendo, de inmediato, que nuestra capacidad actual para organizar las nuevas y proliferantes relaciones internacionales es todavía demasiado limitada. Contamos con algunas instituciones, pero éstas no se hallan a la altura de los problemas que se plantean en el mundo. Hoy, nos gusten o no, las verdaderas protagonistas del proceso globalizador que vivimos parece que son las grandes multinacionales.

Reconozcámoslo. Hoy las instituciones más poderosas son los grandes grupos financieros y empresariales que, por sí mismos, están capacitados para influir en la economía y en la política a nivel planetario, en detrimento de la soberanías nacionales. Esas corporaciones, y no los gobiernos que presiden las acciones políticas-sociales, son quienes están vertebrando una nueva concepción de las relaciones internacionales que denominamos globalización.

Y como las acciones de esos grandes grupos son de carácter financiero y empresarial, la globalización en que comenzamos a hallarnos inmersos es, ante todo, un fenómeno de base económica. Hoy, en efecto, a esos agentes económicos les gustaría convertir al

mundo en un espacio exento de barreras para el libre flujo de mercancías, capitales y servicios, sin que ningún tipo de transacción se viera estorbada en el planeta por los obstáculos que representan -para ellos- las cargas arancelarias o los trámites de índole política o burocrática que se imponen en las naciones.

1.2. ¿Es loable una globalización reducida a extremos económicos?

En modo alguno. La ausencia de barreras no tendría otra lógica que la del lucro. Con ella el empresario capitalista no buscaría otra cosa que la máxima rentabilidad para sus inversiones, utilizando estrategias adecuadas para conseguir minimizar los costes de producción, tanto en materias primas y energía como en mano de obra. Ese objetivo él podría lograrlo si nadie le impidiese mover su dinero de un lugar a otro del mundo, construir libremente sus fábricas donde la mano de obra le ofreciera menores gastos y mayor docilidad, y adquirir materias primas en el país que las vendiera más baratas. Todo un plan, como se ve, que tiene exceso de economicismo y muy poco de rentabilidad social humana.

No nos engañemos. Las multinacionales, por su desmedido interés económico, son entes financieros que no se rigen por principios democráticos, ni por criterios sociales y humanitarios. Su principio fundamental es el de la rentabilidad económica, o lo que es lo mismo, el lucro; y a este principio, casi sagrado, están supeditados todas sus líneas de actuación en el mundo. El dinero es su único Dios, y para conseguirlo no dudan en aprovechar su gran poder e influencia en las decisiones de los gobiernos. Su deseo sería incluso que éstos dejaran de planificar el desarrollo de las naciones, para imponer nuevas reglas en un juego cuyo protagonista no sería el ser humano con su dignidad sino el dinero; como si la libre empresa y el libre mercado fueran la panacea para solucionar todos los problemas del hombre.

Tales ideas socavan los cimientos del Estado del Bienestar, garante de unos derechos adquiridos a costa de larga lucha en muchos pueblos. Se olvidan de que muchas de las necesidades del ser humano, por su misma condición, no pueden ser económicamente rentables, al menos a corto plazo: es el caso de la educación, sanidad o limpieza y mantenimiento del medio ambiente. Al Estado le corresponde ineludiblemente velar para que estos servicios indispensables se mantengan en pro de la rentabilidad social.

Se dice que, lamentablemente, a las multinacionales les ha sido de inestimable valor la colaboración de la Organización mundial del comercio (OMC). Esta institución ha sido acusada por varias ONGs de que impulsa una liberalización del comercio que no considera atentamente el impacto social y medioambiental, que atiende sólo a los intereses de las multinacionales y que deja en la indefensión a multitud de comunidades que no pueden hacer frente a las destructivas prácticas de un capitalismo desbocado que contribuye a ahondar la desigualdad en el reparto de los bienes materiales.

1.3. El hombre no puede ser mero instrumento de la economía.

Resulta cruel todo capitalismo salvaje que se aproveche, por ejemplo, de la penuria de los países del tercer Mundo para encontrar personas dispuestas a trabajar innumerables horas al día por un sueldo de miseria. Eso no es globalización humana sino explotación inhumana. Al capitalismo salvaje todo le parece lícito con tal de ser competitivo, término clave de su sistema económico. Produce escalofrío decir que la explotación de niños y mayores conlleva buenas plusvalías, sobre todo si no hay obstáculos para vender la producción en los países ricos, en los que residen quienes pueden pagarla.

Si este juego se mantiene, a la sociedad se le convierte en un instrumento de las multinacionales, y entonces los seres humanos pierden su condición de personas. Para la gran empresa económica, la humanidad se compone de productores y de consumidores, que son los que pueden pagar. Los que no pueden pagar no existen, si no es acaso como mano de obra barata.

Con estas premisas, el crecimiento económico de algunos deja de tener sentido social y se convierte en un fin en sí mismo, al servicio de unos pocos, de esos que van acumulando más y más, mientras van ahondándose las diferencias entre países ricos y países pobres, ante la indiferencia de los gobiernos.

Hay que romper ese marco de globalización. La globalización no puede ser sólo un fenómeno económico. Por su propia naturaleza, tiene que contemplar otras facetas de la vida humana, de la cultura, de la ciencia, de la política o de los medios de comunicación, en servicio de mayor igualdad, integridad y mejora de todos los humanos.

Pero ¿qué sucederá si esos medios -cultura, ciencia, política, medios de comunicación- caen también en manos de las multinacionales mercantilistas? Sucederá que ellas buscarán la conversión de esos medios en instrumentos para transformar el pensamiento y para sembrar una serie de valores que tiendan a consolidar un modelo económico basado en el lucro. ¡Dura realidad, si no hay otro contrapeso que equilibre las fuerzas en un mundo globalizado!

¿Hay en el actual proceso de globalización de la cultura contrapesos adecuados? No los tenemos. Vivimos bajo la dictadura de unos medios, entre ellos la televisión, cuyo objetivo es masificar a los humanos. El impacto de sus imágenes en movimiento se ha convertido en la reina indiscutible de los medios de masas y en la principal creadora de consumidores. Para la inmensa mayoría de las personas el televisor es la única ventana al mundo. Tanto es así que -en lenguaje economicista- sólo existe lo que sale en TV.

De ese modo, si la diversidad cultural desaparece por influencia de unos medios productivos que se dedican a uniformar las mentes, absorbidas en la vorágine del mercado, y si la cultura de cada individuo y de cada pueblo queda convertida en una amalgama más o menos neutra, uniforme y dócil a los dictados del consumismo, el futuro humano parece desolador. Puede sucedernos que, por medio de la globalización deshumanizada, aunque podamos conocer en directo lo que ocurre a seres humanos que viven a miles de kilómetros, nos domine la indiferencia. Es la gran paradoja de nuestro tiempo: conocer los problemas que aquejan a otros, e incluso estar dotados de

medios para resolverlos, pero dejar que nos resbalen los acontecimientos que no afecten a nuestro bolsillo. Estamos en vías de perder una de las dimensiones más humanas: la compasión, que no es otra cosa que ponernos en el lugar del otro, abandonando nuestra cómoda perspectiva.

¿Puede haber alguien satisfecho con esa actitud globalizadora que nos permita "conocer" pero sin querer "compartir" problemas y soluciones humanizadoras? No.

El hombre actual domina la ciencia, sabe construir computadoras, es capaz de orbitar la tierra y lanzar sondas a otros mundos, se cree tan listo y autosuficiente que a veces se pregunta si necesita de Dios...

Pero, si al mismo tiempo no frena la creciente insatisfacción que se está generando en la vorágine materialista, economicista, que en el fondo no satisface a nadie, porque amordaza la faceta más importante del ser humano, que es la espiritual, la globalización es un fracaso humano. Hay que inyectarle otros valores y actitudes.

2. ¿Están en peligro los derechos de los ciudadanos?

2.1. No globalicemos una falsa imagen del mundo.

El mundo viaja cada vez más deprisa, pero no va a ninguna parte.

El ser humano dispone cada día de más recursos, pero cada día necesita trabajar más para vivir.

Poseemos tecnología, medios de comunicación, medicinas... Pero estas luces nos deslumbran impidiéndonos ver que nuestro paraíso occidental es sólo una pequeña isla, rodeada por un océano de miseria, de violencia, de problemas...; un decorado de cartón piedra frente a la desolación que rodea a gran parte de la humanidad, cada vez más alienado de su condición.

Abramos los ojos a la verdadera realidad. No hace falta mirar mucho a nuestro entorno, y más aún fuera de él, para ver que las cosas no son -para muchos- como las pintan los anuncios publicitarios o las películas de Hollywood.

Una de las cosas verdaderamente reales son los problemas que afectan al hombre en la era de la globalización. Sin embargo, muchas instituciones y gobiernos $\frac{3}{4}$ el poder, en suma $\frac{3}{4}$ parecen dar la espalda a los problemas reales que reclaman unidad de acción en el mundo, y dirigen sus pasos hacia otros objetivos más prosaicos que no van más allá del día a día. Los problemas no se comparten globalmente, a pesar de las bellas palabras que utilizamos.

Todavía hay en el mundo países totalitarios que privan de libertad, aunque los sistemas democráticos parecen imponerse con vistas al futuro. Nunca hasta nuestros días el hombre de la calle tuvo tanto poder para cambiar las cosas como en nuestras sociedades democráticas. Pero aún las democracias liberales se asientan sobre valores

individualistas, para el vivir diario, y a pocos parece importarles realmente el futuro de una Humanidad más solidaria.

2.2. Globalización y Estado del Bienestar

Se dice que desde los años setenta del siglo XX los derechos sociales son la última barricada contra la embestida de una globalización capitalista, economicista. El modelo keynesiano, basado en la lógica del beneficio privado y en el mercado como instrumento principal del crecimiento económico, pero a cambio de cubrir los costes sociales de dicho crecimiento, ha sido arrinconado.

El Estado del Bienestar retrocede frente a un valor muy de moda: el *laissez-faire* total, propugnado por los sectores más radicales del liberalismo, que poco a poco van despojando a los gobiernos de los instrumentos de protección de los que se habían dotado nuestras sociedades.

La globalización economicista amenaza ese modelo de desarrollo cuyo objetivo era garantizar el bienestar de la población de un país mediante políticas no sólo de crecimiento sino también de distribución de la riqueza. Si se abre un nuevo escenario y no la economía se pone al servicio del hombre, éste se convierte en un esclavo de aquélla.

La globalización en marcha, porque es injusta, está demostrando que no sirve para borrar los desequilibrios brutales en la distribución de la riqueza. La empresa privada, en su libertad de movimientos, no es capaz -por su propia naturaleza- de distribuir equitativamente la riqueza. Al contrario, con su imperio, día a día se acentúa más el desequilibrio entre los pueblos y se pone de manifiesto que los intereses de los poderosos no coinciden con los de la mayoría de la Humanidad. Un dato: las multinacionales movilizan el 70 % del comercio mundial, pero sólo contratan a un exiguo 3 % de la mano de obra.

Las desigualdades brutales entre las economías y riquezas de los pueblos, y el desinterés por promocionar a los menos desarrollados, provoca movimientos migratorios excesivos que siembran el mundo de desarraigados ; y éstos, a su vez, provocan problemas de convivencia, intolerancia, racismo... Aquí entra en acción eso que hemos dado en llamar los Derechos Sociales.

2.3. ¿Hacia un mundo uniforme?

La globalización de los movimientos de bienes y de capitales exige una nueva concepción del derecho de ciudadanía.

Los nuevos derechos sociales deben ser otorgados por la condición de seres humanos, no por la condición de ciudadanos de un país. Todo ello sin pretender eliminar las diferencias culturales o étnicas. Es el reconocimiento de la multiculturalidad.

Se abre un nuevo frente de lucha. Si los estados no pueden luchar contra la poderosa lógica de las multinacionales, es necesario fortalecer las instituciones supranacionales

para luchar contra los excesos de la iniciativa privada, abordando los problemas que ésta ha creado: la exclusión social, el empobrecimiento o la degradación ambiental.

El objetivo sería la consecución de unos derechos sociales cuyo eje tiene que centrarse en esos problemas, que son patrimonio de la humanidad. Se trata de redimensionar lo político a nivel global, extendiendo un concepto de solidaridad que debe aprovechar los cauces abiertos por lo económico para formar una red emancipadora.

Hoy los ciudadanos del mundo, al menos en una parte importante del mismo, tenemos la posibilidad de crear instituciones al margen de los Estados, una coalición antihegemónica que vislumbre posibilidades para la acción directa de la democracia. Estamos en mejores condiciones que nunca para hacerlo. Internet es una herramienta importante a este respecto, pues permite que los ciudadanos puedan expresarse allá donde se encuentren.

Todos hemos de colaborar, como hombres y como cristianos, a que la escasa solidaridad actual sea más consciente y abra caminos de futuro para todos los hombres.

3. ¿Habitamos una isla de opulencia en el océano del hambre?

3.1. Las cadenas de la deuda externa ahogan un desarrollo global

En los países del Tercer Mundo es donde se ven las mayores aberraciones de la liberalización de los mercados. En esos países a la situación de penuria en que se encuentran se suma el lastre de la deuda externa contraída con los grandes grupos bancarios internacionales.

Por parte de los poderosos, la solidaridad global en el desarrollo de los pueblos más necesitados no es su bandera de combate y de trabajo. Para ayudar al desarrollo y promoción de los más débiles, habrían de moderar sus propios intereses, y esto no es objetivo de sus programas.

Y por parte de los gobiernos, da la impresión de que, rendidos ante el becerro de oro del capitalismo, en vez de oponerse a duros programas de ajuste, los aprueban, por ejemplo, devaluaciones monetarias, eliminación de barreras arancelarias que protegían a los productos interiores, privatizaciones indebidas que afectan a empresas, bancos, tierras, y que generan la consiguiente ruina de ahorradores, el despido de empleados y la depauperación de campesinos.

3.2. Los alimentos, objeto de una voraz especulación a nivel mundial

En el clima descrito, muchos países, que se encuentran ahogados por la deuda externa, se ven obligados o son obligados a abandonar sus cultivos tradicionales y a sembrar en

sus campos productos especulativos dedicados a la exportación, con el fin de obtener divisas para saldar su deuda.

Esta agricultura, auspiciada por instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial, tiende al monocultivo, que conlleva el abandono de la alimentación de las comunidades locales y da lugar a uno de los mercados más especulativos que existen: el de los alimentos.

Resulta evidente que en este mercado de la alimentación, como en los demás, no es el ser humano el objetivo a salvar y cuidar. Quienes diseñan las grandes líneas de la agricultura mundial son los consejos de administración de las multinacionales. Los gobiernos de la Unión Europea y de Estados Unidos se limitan a mirar por los intereses de sus agricultores, y para ello no dudan en subvencionar, limitar la producción o destruir excedentes con tal de mantener unos precios que sólo puede pagar quien tiene dinero. Lo que a unos les sobra, pues, no sirve para remediar las carencias de los otros. Y cuando se llega a esta situación, el hambre se convierte en una realidad cercana.

Así entre los conceptos e hipótesis de globalización que beneficie a todos, y la realidad existencial, media un abismo.

Ya en los años 80 René Dumond, en su esclarecedora obra *En favor de África, yo acuso*, nos hablaba de la situación de los países de la franja subsahariana en estos términos:

"En realidad la ley del mercado no se aplica con un rigor absoluto más que para los productos primarios (agrícolas y minerales) de los países pobres.

Los agricultores de todos los países ricos (Europa, EE.UU., Japón...) están fuertemente protegidos.

Se habla mucho en Bruselas de los costes de producción del trigo, de la leche, del azúcar de remolacha, del aceite de oliva e incluso del vino. Pero se olvidan los costes de producción del café, del cacao, del té, de los aceites tropicales, del caucho o del algodón."

3.3. Resultados de las políticas de ajuste aplicadas en el Tercer Mundo

Dados los criterios que rigen las mencionadas políticas de ajuste a los países poco desarrollados, es fácil colegir que su agricultura tiene que volcarse en el cultivo de productos especulativos para poder exportarlos al Primer Mundo.

¿Y qué sucede entonces? Sigue que ellos, los países del Tercer Mundo, se ven obligados a importar los alimentos que dejaron de producir, y a pagarlos al precio que dicta la bolsa de materias primas agrícolas de Chicago. ¡Paradojas de la economía que esclaviza a las personas!

En esas circunstancias, y en otras similares, no es extraño que millones y millones de personas en el mundo carezcan del alimento necesario, mientras que la producción de sus tierras está sometida y ajustada a la demanda solvente de los mejor alimentados.

¡Este es, sin duda, uno de los mayores crímenes de la globalización economicista, sin justicia ni piedad!

Y ese mismo lenguaje hay que utilizarlo para expresar lo que ha ocurrido, por ejemplo, con la producción y administración de medicamentos contra el sida: han sido las multinacionales, en connivencia con ciertos Estados -precisamente aquellos que se autoproclaman progresistas- quienes se opusieron a abaratarlos para que estuvieran a disposición de quienes más los necesitaban.

Una globalización que se mueva en estos parámetros no es un don sino un castigo para gran parte de la humanidad.

Hacerla cambiar de rumbo es el deber que todos hemos de asumir.

4. ¿Qué es nuestra tierra: un hogar o un mercado?

4.1. Hasta la naturaleza se hace objeto de consumo, no lugar de disfrute.

No todos los avances científicos y técnicos están mejorando la situación de la humanidad.

Esto sucede porque el dinero tiene la "extraña" virtud de volverse un fin en sí mismo y no un medio, que es lo que corresponde a su ser instrumental en la vida humana. Cuando la economía y la técnica dejan de servir al hombre y a la naturaleza, los convierte en sus esclavos.

También la Naturaleza ha sucumbido ante la vorágine insaciable del dinero. Los diferentes informes sobre la situación del mundo son cada vez más pesimistas respecto a los problemas ecológicos. Hay quien llega a afirmar que la ciencia y la tecnología ya no están en condiciones de asegurar un futuro mejor, a no ser que se produzcan cambios radicales, tendentes a una ralentización del crecimiento económico. Los indicadores globales muestran un continuo y generalizado empeoramiento de las condiciones físicas de la Tierra. Eso tampoco es globalización de la cultura y vida, sino su deterioro.

4.2. La actividad empresarial incontrolada esquilma el planeta.

Esto lo hacen cuando, en vez de mantenerlo impoluto y gratificador, lo ensucian torpemente, lo vuelven cada día más inhabitable, y queman sin parar combustibles fósiles.

A las empresas se les permite que internalicen sus beneficios y que, a la vez, externalicen los costes, dando origen a una sociedad de ingentes gastos, tales como los sanitarios, provocados por la contaminación del aire y el agua, y los correspondientes a las tareas de limpieza y regeneración, cuando esto es posible.

No sólo las fábricas son culpables del deterioro del planeta.

La práctica de una agricultura capitalista ha roto el equilibrio existente desde milenios; ha violado el principio fundamental que nos enseña la Naturaleza, el de la sostenibilidad, y este hecho compromete la producción a largo plazo.

El cambio climático, la desaparición de bosques, la contaminación de aire, aguas y tierras, la desaparición de la biodiversidad, el aumento en el nivel del mar, las emigraciones masivas de población a causa de factores climáticos...; todas estas son consecuencias de unas prácticas contra las cuales sólo claman unas pocas voces.

4.3. Un verdadero problema global... que tiene solución

El problema ecológico, planteado desde su correcta perspectiva, se plantea como un problema global que requiere del consenso mundial para su solución.

Hay que volver a prácticas sostenibles. Pero eso no es compatible con el criterio de rentabilidad económica que practican las grandes empresas. Por tanto, hay que cambiar esos criterios. La tecnología tiene que ponerse al servicio de la humanidad. Los Estados deben modificar su visión de la economía y contemplar a ésta como un instrumento "no como un fin" al servicio del ser humano. Es preciso adoptar unas prácticas económicas que tengan al ser humano "y no al dinero" como único centro, y sobre todo, mirar hacia el futuro.

Tenemos que aprender que el dinero es un medio, no un fin. Que todo el dinero del mundo es incapaz de resucitar a una sola especie de las muchas que se extinguen cada día. Y sobre todo, reconocer que nuestro planeta no es un yacimiento a esquilmar, un mercado para enriquecernos o un simple vertedero para desechar nuestras inmundicias; la Tierra es el hogar de la humanidad, presente y futura.

5. Obviar los peligros de la globalización

5.1. Tomar conciencia de los peligros.

Aplaudiendo los bienes que pueden derivarse de una globalización humanista, que respete la dignidad del hombre y de la naturaleza, señalemos algunos peligros de la globalización que no tenga en cuenta al ser humano. Son auténtico peligro

- Que la vida económica mundial se decida por parámetros exclusivamente económicos, soslayando las repercusiones sociales y medioambientales que implica la acción de un mercado sin trabas.
- Que los gobiernos se inhiban en su papel regulador de los agentes productivos y como distribuidor de la riqueza.
- Que sea en los consejos de administración de las multinacionales donde se decidan las líneas maestras de la política económica mundial.

- Que la sociedad, perdidos los lazos tradicionales o nuevos de solidaridad que aglutan a las comunidades locales, se disgregue en un individualismo que haga del individuo presa fácil para los objetivos consumistas de la actual economía.
- Que el ser humano, como ser que intenta construir su libertad y su vida como una experiencia propia, sea despojado de su individualidad, de su cultura y de los valores que le son propios, sustituidos éstos por los valores uniformadores que nacen de una cultura meramente económica.
- Que, en consecuencia de lo anterior, la diversidad cultural desaparezca por la acción de los medios productivos reduccionistas del ser y de la belleza.
- Y que los valores negativos se extiendan como una mancha de aceite a través de unos medios de comunicación: La violencia frente a la bondad, la opulencia frente a la austeridad, lo superficial frente a lo íntimo, la competitividad frente a la cooperación, el acaparar frente al compartir, el materialismo frente a la espiritualidad, la frivolidad frente a trascendencia.... Por esa vía, el ser humano retrocedería hacia un estado de infantilismo consumista en el que los únicos valores serían los materiales.

5.2. Pero las cosas, si queremos, pueden cambiar

- El primer paso sería reconocer la dimensión humana y social de cualquier actividad económica. Hoy más que nunca el mundo necesita un resurgir de lo político como única instancia capaz de aglutinar esfuerzos en pro de una economía más humana, que ante todo sirva a la persona como ente multidimensional; una economía que no se sirva del ser humano para sus fines sino que sirva al ser humano, a todo ser humano, allá donde se encuentre.
- La tarea pasa por defender y perfeccionar las instituciones distribuidoras de los derechos sociales, más allá de nacionalismos pueriles, junto a unos conceptos tales como "solidaridad", "comunidad", "colaboración", "altruismo"..., que representan valores imprescindibles de la persona.
- Para ello será necesario que el ser humano del siglo XXI vuelva a tomar conciencia de su olvidada dimensión espiritual, pues sólo desde ese retorno al silencio de nuestro interior seremos capaces de despreciar la vanidad de tanta necesidad ficticia.
- A partir de ahí no sería difícil avanzar unos pasos más, tendentes a lograr una economía sostenible, respetuosa con el gran ecosistema que nos sostiene, que es la Tierra. Para ello, la humanidad, de manera global, debe tomar conciencia de que su planeta es su hogar, que la atmósfera es el aire que tendrá que respirar y sus ríos el agua que tendrá que beber. Y nadie contamina a propósito el aire de su hogar, o envenena la bebida antes de beber.
- El hombre tiene que dejar de contemplar a su planeta como un lugar plagado de posibilidades de negocio y volver a la naturaleza, de la que nunca ha dejado de formar parte. Sólo entonces estará en disposición de hacer mejor uso de los recursos que se nos ofrecen, evitando despilfarros y pensando en los derechos de las generaciones venideras, cuyo futuro estamos comprometiendo con nuestro comportamiento depredador.